

INTRODUCCIÓN. LA SOLEDAD, UN RETO HISTORIOGRÁFICO

FRANCISCO GARCÍA GONZÁLEZ
Universidad de Castilla-La Mancha

El historiador no puede quedarse al margen y sustraerse de su propia realidad. Su punto de partida debe ser el presente, cuyos problemas sin duda motivan su investigación. En un momento como el actual, en el que se están multiplicando las iniciativas para fomentar el conocimiento sobre la soledad y concienciar a la sociedad de su importancia y consecuencias, consideramos imprescindible poner en perspectiva histórica este tema para tratar de comprenderlo en toda su dimensión y complejidad.

El origen de este libro está en una sesión paralela presentada con el mismo título a la International Conference Old and New Worlds: the Global Challenges of Rural History, organizada conjuntamente por la Sociedad Española de Historia Agraria (SEHA) y la Rede de História Rural em Português (Rural RePort), que tuvo lugar en Lisboa entre los días 27 y 30 de enero de 2016. Coordinada por nosotros mismos desde el Seminario de Historia Social de la Población (Sehisp) de la Universidad de Castilla-La Mancha (España) y por Mónica Ghirardi desde la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), después de la discusión de las ponencias expuestas durante el congreso, fue madurando la idea de realizar una ambiciosa publicación sobre el tema. Así, a la propuesta inicial se sumaron otras aportaciones con el objetivo de que en la obra hubiera una variada representación de regiones españolas y de diferentes países latinoamericanos. Igualmente, decidimos prolongar el período de análisis para llegar hasta la actualidad con objeto de plantear el problema en la larga duración.

El libro se incluye dentro de las actividades impulsadas en el proyecto de investigación “Familias, trayectorias y desigualdades sociales en la España centro-meridional, 1700-1930”¹, que dirigimos junto a Jesús Manuel González Beltrán (Universidad de Cádiz). Proyecto que, a su vez, forma parte de otro más amplio que coordinan Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco (Universidad de Murcia) bajo el título de “Entornos sociales de cambio. Familias, nuevas solidaridades y ruptura de jerarquías (siglos XVI-XX)”². Dentro de este contexto científico, por un lado, la publicación pretende poner de manifiesto cómo es posible compatibilizar la perspectiva regional con la integración de cuestiones centrales como esta en una dimensión internacional. Para ello, partimos de la convicción de que, si bien el cambio social puede tener denominadores comunes, también las soluciones pueden ser diferentes. Por otro lado, consideramos absolutamente necesario reflexionar sobre el proceso de ruptura de las solidaridades tradicionales y comprobar hasta qué punto la soledad puede considerarse como una expresión de la *desfamiliarización* y del avance del individualismo.

Las personas solas suponían una realidad que, con harta frecuencia, ha quedado oculta detrás de una determinada representación de la familia en el pasado. Constituían el contrapunto de una sociedad donde la condición ideal venía definida directamente por el estado matrimonial. Sobre todo, para las mujeres. Sin embargo, vivir en soledad era una situación más habitual de lo que se suele pensar. Y no solo en las ciudades, con las que tradicionalmente se ha vinculado este hecho. También en el mundo rural, considerado por antonomasia durante mucho tiempo el paradigma de la anti-soledad por su supuesta cohesión comunitaria. Con este libro se reivindica su estudio en estas zonas para profundizar en las dimensiones, peculiaridades y complejidad del fenómeno a un lado y otro del Atlántico desde el siglo XVI hasta la actualidad.

Tras constatar la escasa atención prestada por la historiografía al tema de la soledad como objeto de investigación —y aún menos referida al mundo rural—³, el objetivo de este volumen colectivo es con-

-
1. Referencia HAR2017-84226-C6-2-P. Ministerio de Economía y Empresa del Gobierno de España.
 2. Referencia HAR2017-84226-C6-1-P. Ministerio de Economía y Empresa del Gobierno de España.
 3. Para abundar sobre la cuestión con un balance inicial desde el caso europeo, véase García González, Francisco (2017): “Mujeres al frente de sus hogares. Soledad y

tribuir, desde el ámbito hispano y latinoamericano, a ampliar nuestra información al respecto y propiciar nuevas iniciativas que contribuyan a aumentar los pocos estudios disponibles. Si bien contamos con aproximaciones muy indirectas desde diferentes perspectivas como la demografía histórica, la historia de las mentalidades, la historia de la familia o la historia de las mujeres, la verdad es que disponemos de un conjunto de resultados muy desigual y caracterizado por su tremenda dispersión. En concreto, la impresión que se obtiene es que existe un notable desequilibrio entre el interés demostrado por las mujeres frente a los hombres solos y, entre ellas, por las viudas frente al resto de mujeres solas, así como entre las que vivían en la ciudad frente a las que vivían en el campo.

En 1739, el *Diccionario de Autoridades* definía la soledad como la privación o falta de compañía. En la actualidad, la Real Academia Española matiza, además, que esta carencia puede ser voluntaria o involuntaria. Por extensión, antes como ahora, equivale también a lugar desierto o tierra no habitada. La tercera acepción que recogen uno y otro diccionario tiene que ver con su dimensión más sentida y emocional. En el primero se decía que esta palabra “se toma particularmente por orfandad, ò falta de aquella persona de cariño, ò que puede tener influxo en el alivio, y consuelo”⁴. Hoy se ha precisado más este significado y se registra como pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguien o de algo. Mientras, el que vive en soledad es el solitario según el diccionario dieciochesco, aunque, en este caso, se refería, bien al eremita, o bien al desamparado y sin compañía de otro, vinculado sobre todo a quienes vivían en bosques, desiertos y otros lugares similares. El significado actual de solitario tampoco ha variado mucho y alude a desamparado, desierto, solo (sin compañía), o al retirado, que ama la soledad o vive en ella⁵.

En la mayor parte de los capítulos de este libro, la soledad es estudiada, no en su dimensión subjetiva, emocional o existencial, sino

mundo rural en la España interior del Antiguo Régimen”, en Francisco García González y Claudia Contento (eds.), *Mujeres al frente del hogar en perspectiva histórica*, ss. XVIII-XXI, monográfico en *Revista de Historiografía*, n.º 26, pp. 19-46.

4. Real Academia Española (2002): *Diccionario de Autoridades*, edición facsímil. Madrid: Gredos, vol. 3, pp. 139-140.
5. Sobre la ambivalencia y ambigüedad del término en otras lenguas, véase Minois, Geroges (2013): *Histoire de la solitude et des solitaires*. Paris: Fayard, pp. 10-11.

como una situación ligada a la residencia, al lugar donde se manifiesta y se concreta. Es decir, se incide más en su vertiente objetiva (estar o vivir solo) que subjetiva (sentirse solo)⁶. Como principales formas de convivencia y como unidades organizativas clave en la lucha por la supervivencia y la reproducción, el análisis de los hogares es el eje sobre el que giran muchas de las aportaciones de los diferentes autores. Hogares compuestos por personas solas —que hoy llamamos unipersonales—, por lo general, personas solteras o viudas sin hijos y sin otros componentes que les acompañen. Pero también se ha incidido en los denominados hogares monoparentales, es decir, los formados por un progenitor (madre o padre) y uno o varios hijos que, en su caso, podían contar en su seno con otros miembros emparentados o no. En este sentido, predomina el interés de los historiadores por las unidades domésticas encabezadas por mujeres caracterizadas por la ausencia al frente de las mismas de la figura masculina de referencia⁷. Con todo, al compararse con otras tipologías residenciales, el resultado es que podemos obtener una imagen de las estructuras y de la composición de los hogares y, en definitiva, de las formas de convivencia. En este punto, la mayoría de los trabajos que se ocupa del tema en el pasado han seguido como modelo la clasificación de los hogares propuesta por Peter Laslett y el Grupo de Cambridge⁸, modificándola, cuando ha sido necesario, de acuerdo a la peculiaridad de los padrones y datos censales. Se ha adoptado así un denominador común que, sin duda, con las prevenciones correspondientes a la hora de interpretar los comportamientos familiares y las formas de residencia en su contexto y cronología⁹, facilitará realizar análisis comparativos entre regiones y espacios muy distintos, tanto españoles como latinoamericanos.

-
6. Un campo que, sin duda, se desarrollará en el futuro de acuerdo a la expansión de la historia de las emociones. Véase Zaragoza Bernal, Juan Manuel (2013): “Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión”, *Asclepio*, 65 (1), <e012, doi: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.12>>; Villena Espinosa, Rafael (coord.) (2015): *La historia de las emociones*, monográfico de *Vínculos de Historia*, nº 4, <<http://www.vinculosdehistoria.com/numeros-completos/vdh4.pdf>>.
 7. Opción para el estudio de las mujeres solas defendida por Palazzi, Maura (1997): *Donne sole: l'altra faccia dell'Italia tra antico regime e società contemporanea*. Milano: Mondadori, pp. 20-34.
 8. Laslett, Peter y Wall, Richard (1972): *Household and family in past time*. New York: Cambridge University Press.
 9. Comas D'Argemir, Dolors (1988): “El comparativismo y la generalización en los estudios sobre la historia de la familia”, en *Historia Social*, nº 2, pp. 135-143.

El objetivo de este libro no es “medir” la soledad. Un desafío desalentador ante una realidad tan poliédrica como esta y, más, en el actual estado de nuestros conocimientos al respecto. Sin embargo, los diferentes capítulos tratan de aportar materiales y reflexiones que contribuyan a sentar las bases de unos indicadores que sirvan para abordar aspectos específicos de la misma y que puedan ser útiles para abrir otras perspectivas de investigación o profundizar en otras dimensiones del fenómeno en el futuro. Algo para lo que, como sugiere Pablo Blanco en su texto, en primer lugar, es necesario contextualizar los problemas eliminando apriorismos asumidos anacrónicamente.

La soledad puede ser abordada desde distintos puntos de vista¹⁰. En este volumen colectivo prima sobre todo su análisis a partir de indicadores tangibles, como es el estado civil vinculado a la residencia y al género. De ahí que se incida en quienes se han desviado —voluntaria o involuntariamente— del modelo familiar idealizado basado en el matrimonio, es decir, los célibes. Pero también en quienes viven fuera del mismo por su ruptura, bien forzada por la muerte o por el abandono o ausencia de uno de los miembros de la pareja, bien por la separación o el divorcio. Mucho menos se ha insistido en esta obra, como hemos dicho, en una perspectiva más subjetiva. En este sentido, para el caso de las mujeres, sí se ha hecho hincapié en las imágenes y representaciones existentes en torno a la soledad, como han dejado patente, por ejemplo, Francisco García González, Mónica Ghirardi y Dora Celton o Paulo Alegría y Nicolás Celis, siendo su dimensión más emocional solo apuntada por estos últimos autores.

Creemos que hay que reivindicar en el pasado el estudio de los hogares solitarios y de quienes los componen. A pesar de su menor porcentaje en el conjunto de la población, merecen nuestra atención. Entre otras cosas, porque estos individuos son aún, como indica Pilar Gonzalbo en su texto, “un enigma, casi siempre oculto, se diría que inexistente”.

Efectivamente, el libro trata de dar respuesta a algunos interrogantes. Entre ellos, saber quiénes vivían en soledad en el mundo rural y cómo podemos aproximarnos a su conocimiento durante un amplio

10. Sobre sus múltiples facetas, véase Beauvalet-Boutouyrie, Scarlett (2008): *La solitude, XVII^e-XVIII^e siècle*. Paris: Belin. Igualmente, la ya citada *Histoire de la solitude et des solitaires* de George Minois.

período de tiempo para observar posibles cambios y permanencias; cómo podemos cuantificar su peso e importancia dentro del conjunto de los hogares; qué unidades familiares estaban encabezadas por personas viudas, solteras o por uno de los miembros de la pareja en ausencia del otro; cuáles eran las características y el perfil de quienes vivían en estos hogares (sexo, edad, estado civil, grupo social, actividades económicas, etc.) o qué causas y factores lo explican. Porque, ¿cómo se llegaba a vivir en soledad?, ¿se trataba de una decisión individual o era consecuencia de una determinada estructura y sistema de organización social? ¿Era una elección o una obligación? ¿Cuál era su duración, hablamos de algo permanente o transitorio? En este sentido, a lo largo de la obra el lector encontrará algunas respuestas a partir de cómo influía el juego de las variables demográficas y los movimientos migratorios; el marco legislativo, el sistema de herencia y su evolución en el tiempo; los cambios sociales, culturales y de mentalidad y, en definitiva, todo aquello que contribuía para el establecimiento en un hogar solitario, desde el ritmo y la frecuencia de la disolución de las parejas hasta la edad de alcanzar la independencia residencial pasando por las posibilidades laborales y el nivel de ingresos o la facilidad de acceso a la vivienda, por ejemplo.

Junto a este tipo de factores genéricos, se han tenido en cuenta otros que inciden en los comportamientos diferenciales. Además de las diferencias de género y del contraste con la ciudad, en primer lugar, se ha hecho hincapié en las desigualdades sociales. Para ello, la mayoría de los autores suele utilizar la clasificación socio-profesional o el tipo de actividad. Por desgracia, no son muchas las investigaciones que contamos sobre los niveles de riqueza y propiedad de los hogares como hacen Patricia Suárez y, sobre todo, Hortensio Sobrado. Junto a estos aspectos, como no podía ser de otra manera, en el caso de América Latina se han considerado las diferencias étnicas y las particularidades que introducían la calidad y el color o el hecho de ser libres o esclavos. Es, pues, difícil ofrecer una respuesta uniforme y universal a la situación en la que se encontraban los hogares solitarios dadas sus diferencias frente a la idea de un arquetipo único. Es cierto que las fuentes no son tan explícitas como sería deseable a la hora de ofrecernos información sobre las mujeres. Sin embargo, hay que resaltar que la mitad de los capítulos se centran en ellas y, en mayor o menor medida, en estos textos se dan muestras de su capacidad

para tomar iniciativas, afrontar los retos de la vida o adaptarse a las circunstancias. Todo apunta a que no se puede afirmar que vivir en soledad para las mujeres equivaliera inexorablemente a desamparo y pobreza.

Los escenarios pueden servir para reforzar la idea de abandono y aislamiento¹¹. Y el campo ha sido muy propenso para identificarse con esta situación. De hecho, existe una larga tradición de vinculación de la soledad con el mundo rural en la literatura¹². En consecuencia, al primarse la vertiente del campo como mero paisaje y naturaleza, se ha tendido a uniformar el comportamiento de sus pobladores simple y llanamente por su relación con el medio en el que vivían. Pero en España o América Latina, lo rural no constituye geográficamente una unidad natural y, mucho menos, desde el punto de vista social, cultural o económico.

El planteamiento regional se hace imprescindible. La participación de reconocidos especialistas en sus respectivos ámbitos de estudio ha favorecido resaltar la peculiaridad de cada espacio y su influencia en el tema. Del lado español contamos con los trabajos de Hortensio Sobrado Correa para Galicia, María José Pérez Álvarez para León, Patricia Suárez para Asturias, Francisco José Alfaro Pérez para Aragón, José Pablo Blanco Carrasco para Extremadura, Jesús Manuel González Beltrán para Andalucía y Francisco Fajardo Spínola para las Islas Canarias y su proyección hacia el continente americano¹³. Otros textos no se ciñen a un marco regional, como el de Francisco García González sobre los estereotipos, o el de Cristina López Villanueva e Isabel Pujadas sobre la evolución de los hogares unipersonales en el conjunto del territorio español. Mientras, del lado latinoamericano, siguiendo la estela de René Salinas

11. Rico Moreno, Javier (2014): “Hacia una historia de la soledad”, en *Historia y Gráfica*, año 21, n° 42, enero-junio, pp. 35-63.

12. Gallo, Marta (1993): “La soledad como tema literario en España y Latinoamérica”, en Luis Martínez Cuitiño y Elida Lois (coords.), *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas “España en América y América en España”*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, vol. 1, pp. 236-244

13. Al respecto, véanse también los esfuerzos que vienen realizando desde hace años, de la Pascua Sánchez, María José (1998): *Mujeres solas: historias de amor y de abandono en el Mundo Hispánico*. Málaga: Diputación de Málaga; o Testón Núñez, Isabel y Sánchez Rubio, Rocío (1997): “Mujeres abandonadas, mujeres olvidadas”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, n° 19, pp. 91-119.

Meza¹⁴, Paulo Alegría y Nicolás Celis se ocupan de Chile; Mónica Ghirardi y Dora Celton, de Argentina, así como Claudio Küffer y Daniela Gorosito; María José Vilalta, de Ecuador; Ana Silvia Volpi Scott, de Brasil (junto a Jonathan Fachini da Silva, Dario Scott y Denize Terezinha Leal Freitas); Natalia Carballo, de Costa Rica; y Pilar Gonzalbo, de México. Desde el punto de vista cronológico, la mayor parte de los textos se sitúan en los siglos XVIII y XIX. Algunos se remontan hasta el siglo XVI y otros llegan hasta nuestros días.

Como es obvio, estas aportaciones no agotan la diversidad espacial existente ni en la Península Ibérica ni en la América central y meridional, pero consideramos que poseen un notable grado de representatividad. Para ganar en profundidad, en muchos casos se ha reducido el nivel de análisis. Así, para Argentina, se ha focalizado sobre todo en la provincia de Córdoba y el curato de Tulumba; en Costa Rica, en Puntarenas; en Brasil, en la feligresía de Madre de Deus de Porto Alegre; y en los Andes del Ecuador, en la parroquia de Toacazo (actual cantón Latacunga, provincia de Cotopaxi). En España, el Puerto de Santa María y la villa de Rota, localizadas en la bahía de Cádiz, centro del monopolio comercial con las Indias, le sirve a Jesús Manuel González Beltrán para ocuparse del tema en dos casos emblemáticos donde el carácter rural se ve mediatizado por su ubicación en un entorno comercial. Como contraste, María José Pérez Álvarez se ocupa principalmente de la montaña leonesa, y Patricia Suárez, de 58 núcleos rurales del Principado de Asturias. Por su parte, Hortensio Sobrado compara los datos del interior lucense con los resultados obtenidos en otras zonas de Galicia¹⁵.

Más allá de las variaciones regionales puestas de manifiesto en el libro, se puede afirmar que, antes como ahora, los hogares solitarios o encabezados por un solo miembro de la pareja tuvieron una significativa presencia en las sociedades rurales del pasado, asumiendo, cuando los había, la gestión de sus casas y sus bienes sin dejar de afrontar la

14. Salinas Meza, René (2011): "Las otras mujeres: madres solteras, abandonadas y viudas en el Chile tradicional (siglos XVIII-XIX)", en Ana María Stiven y Joaquín Fernando (eds.), *Historia de las mujeres*, tomo 1. Santiago de Chile: Taurus.

15. Una región con una especial sensibilidad sobre el tema desde hace tiempo. Véase por ejemplo Rey Castelao, Ofelia (2006): "Les femmes 'seules' du nord-ouest de l'Espagne. Trajectoires féminines dans un territoire d'émigration 1700-1860", en *Annales de Démographie Historique*, vol. 2, n° 112, pp. 105-133.

incertidumbre de su destino. En especial, hay que resaltar que el protagonismo social de las viudas y, en general, de las mujeres “solas” al frente de sus hogares no fue nada desdeñable, llegando a alcanzar en algunas zonas unas proporciones similares o, incluso, superiores a las registradas en muchos núcleos urbanos o semiurbanos. Sin embargo, contempladas como un peligro en potencia para el desorden social, los celos y las suspicacias sobre las mujeres solas que vivían de forma autónoma y sin control masculino, se encontraban en la base de muchos de los tópicos que se reprodujeron y se perpetuaron a lo largo del tiempo. Como contrapunto, estaría también la auto-representación y el victimismo con el que estas mujeres con frecuencia se presentaban ante las instituciones. De ahí que, otra de las cuestiones que se abordan en la obra es cómo se han ido construyendo y reproduciendo representaciones sociales e imágenes artificiales que han condicionado el conocimiento de este tipo de situaciones, encajonando la realidad en forma de estereotipos.

Superada ya la ficticia estampa idílica y bucólica del mundo rural, su identificación con el atraso frente al mundo urbano ha calado de tal modo entre sus moradores que se ha traducido en una acentuada impresión de frustración y de sentimiento de inferioridad. Una sensación de falta de autoestima que hace que estas zonas sean propensas para la extensión de trasnochados populismos aprovechándose del resentimiento derivado de agravios reales o inventados. Un ejemplo puede ser el de la despoblación, un tema propenso a la proliferación de mitos, repetidos con frecuencia en los medios de comunicación, que requiere un debate sobre datos rigurosos¹⁶. Y más cuando estas regiones se vinculan inexorablemente con la soledad fruto de una experiencia percibida como más traumática con respecto a los nuevos cambios sociales. Así, en el campo, la soledad se suele asociar a la despoblación y al envejecimiento, a la emigración y a la pobreza y, en consecuencia, a la desolación, el abandono, la angustia y la tristeza. Mientras, en la ciudad, se relaciona con los cambios del modelo familiar, con la autonomía individual y la libertad y, en definitiva, con la modernidad y

16. Al respecto véase Collantes, Fernando y Pinilla, Vicente (2019): *¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. Y una llamada de atención sobre el problema en Molino, Sergio del (2016): *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.

el progreso. Simplicidades engañosas y exageradas cuando se generalizan por cuanto que, entre otras cosas, ni el mundo rural es un todo uniforme, ni las ciudades tampoco.

Queda mucho por explorar sobre la conflictividad familiar, pero quizá aún más cuando nos referimos a quienes vivían en soledad. Asunto que en este volumen no ha pasado desapercibido. A las disputas entre los familiares por el reparto de la herencia a falta de herederos directos por morir sin descendencia, hay que añadir entre los emigrantes, por ejemplo, la incertidumbre de un regreso nunca asegurado sin saber las esposas si sus maridos seguían vivos o, al contrario; a los recelos ligados a la distancia, con la posibilidad de amancebamientos, bigamia y otras formas de divorcio de facto, hay que sumar las demandas de madres de familia abandonadas o de viudas que luchaban por el reconocimiento de sus derechos sobre los bienes propios o los pertenecientes a la sociedad conyugal; junto a los incumplimientos de esponsales estaba la difusa situación de las “Penélopes vírgenes” —como las denomina en su texto Francisco Fajardo Spínola— casadas mediante poderes y cuya realidad no sería muy diferente a la del personaje que caricaturizaría Federico García Lorca en su obra *Doña Rosita la soltera*.

Sin duda, las disputas y los pleitos serían algo recurrente que es imprescindible investigar. Pero en el libro también se puede comprobar cómo, a un lado y otro del Atlántico, desde Porto Alegre a las tierras de Lugo, o desde la provincia argentina de Córdoba hasta la bahía de Cádiz, se accionaban variadas estrategias para hacer frente a un destino en solitario. Estrategias basadas en el fortalecimiento de los lazos de ayuda y de solidaridad y en las relaciones de parentesco o de vecindad que se traducían en múltiples prácticas y formas de afrontar las situaciones de posible vulnerabilidad.

Para evaluar la entidad del fenómeno, los principales recursos utilizados han sido los censos de población, los padrones y las listas de habitantes que ofrecen información de tipo cuantitativo y clasificatorio. Aunque su utilización tiene muchas limitaciones —sobre todo para el período anterior al siglo xx—, hay que asumir que son las únicas fuentes que permiten obtener una primera información sobre las características, composición y estructura de los hogares. Y no solo sobre los encabezados por varones, sino también de los que tenían al frente a mujeres, con datos sobre su edad, estado civil y profesión

(incluso, a veces, sobre su nivel de alfabetización), algo que es menos usual cuando nos referimos al pasado. A medida que nos acercamos al presente, los estudios se ocupan de espacios más amplios mientras que, conforme nos alejamos, se focalizan en zonas o localidades concretas. Así, Cristina Villanueva e Isabel o Pujadas utilizan varios censos de la población española entre 1970 y 2011 y, en Argentina, Daniela Alicia Gorosito, emplea los de los años 2001 y 2010. Sin embargo, en el mismo país, Claudio Küffer ha recurrido al censo eclesiástico de 1795 para el curato de Tulumba; y Jesús Manuel González Beltrán, a un padrón de habitantes de Rota, en la bahía de Cádiz, realizado por las autoridades locales en 1775. Otras fuentes tienen un marcado carácter fiscal, como el Catastro del Marqués de la Ensenada a mediados del siglo XVIII, soporte de muchos de los capítulos referidos al extenso territorio de la antigua Corona de Castilla. También se ha recurrido a fondos eclesiásticos. En unos casos más propensos a la cuantificación, como las matrículas de cumplimiento pascual, tal y como hace profusamente Francisco José Alfaro Pérez para Aragón o Ana Silvia Volpi Scott y el resto de los autores del capítulo sobre Porto Alegre; y en otros casos, con un contenido más descriptivos, como los expedientes de viudedad promovidos por la justicia eclesiástica para contraer segundas nupcias, como utiliza Fajardo Spínola para las viudas canarias. Protocolos notariales, procesos y pleitos judiciales, informes, ordenanzas, cartas, misivas y otra variada documentación concejil y administrativa, además de obras literarias o de tratadistas y moralistas, completan las fuentes sobre las que se apoyan la mayoría de los trabajos aquí presentados.

Las dificultades que impone el paso del tiempo, con vestigios fragmentados y, en principio, inconexos, se ha tratado de suplir en algunos capítulos con la aplicación de una metodología de carácter microhistórico basada en el cruce nominativo de fuentes. Una metodología muy laboriosa que, sin embargo, tiene la ventaja de complejizar más el análisis con la reconstrucción de algunas trayectorias de vida de hombres y de mujeres corrientes que habrá que potenciar en el futuro, como defienden Ana Silvia Volpi Scott o María José Vilalta. Entre otras cosas porque, “hay historias de hechos anónimos y colectivos. La soledad, en cambio, necesita rostros”¹⁷. La combinación de métodos cuantita-

17. Clemente, José Edmundo (1969): *Historia de la soledad*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 1.

tivos con el estudio de trayectorias tiene el interés de que, una vez definidos los comportamientos generales, se pueden ejemplificar las diferentes experiencias vividas por los individuos según su género, edad y el grupo social de pertenencia, superando así el frío y estandarizado análisis estadístico. Conviene recordar que vivir en soledad no implica estar al margen del entramado de relaciones y de redes colectivas de las que se forma parte. Otra cosa es cómo se aprecian, se interiorizan y se valoran estas relaciones para que emerja o no el sentimiento de soledad.

En definitiva, a partir de diversas fuentes se han podido recopilar múltiples datos y materiales para avanzar en los objetivos perseguidos por este libro. Datos, sin embargo, inevitablemente fragmentados como no podía ser de otra manera dada la enorme y dispersa extensión del territorio, así como la amplitud del período de tiempo analizado. Con todo, la información aportada tiene la virtualidad de ofrecernos una primera imagen suficientemente válida para aproximarnos al hecho de vivir en soledad. Como es obvio, falta mucho por hacer en una historia de la que todavía quedan ocultos muchos aspectos de la vida de sus protagonistas detrás de las cifras, tablas y gráficos o de testimonios documentales más o menos imprecisos.